

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011 - MADRID (ESPAÑA)

Firmes en la fe

17 de agosto de 2011

La fe es un don de Dios, no una conquista del hombre. Es el encuentro entre la llamada de Dios y la respuesta del hombre. El que la fe sea gratuita no equivale a que la fe sea barata, es decir, de poco interés y escasa monta. No es lo mismo creer en Dios que no creer en Dios; *«todo cambia dependiendo de si Dios existe o no existe»* (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad de la Asunción, 15-8-2006). La fe cambia todo el panorama de la vida del hombre. Yo querría que hoy diéramos gracias a Dios por la fe; y nos sintiéramos llamados a trasmitirla a quienes no la comparten. La fe puede ser firme o vacilante. Puede padecer dudas o estar serena.

¿Cuál es la situación general de la fe cristiana en nuestra cultura?

El Papa dijo en su reciente homilía en Santiago de Compostela (6-11-2010), a propósito de la fe en Europa, lo siguiente: *«Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad»*. ¿En qué se apoya esta sospecha opuesta al Evangelio, que nos dice que Dios envió a su Hijo no para condenar sino para salvar, y para que el hombre tenga vida abundante? (cf. Jn 3,16-17). ¿Cómo es posible que se haya hecho silencio público sobre la realidad primera y esencial de la vida humana? Los hombres no podemos vivir a oscuras, sin ver la luz del sol. *«Por eso, es necesario que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa: que esa palabra santa no se pronuncie jamás en vano; que no se pervierta haciéndola servir*

nombre de Dios"... Debemos respetar a los que no la admiten porque se rebelan contra la injusticia y el abuso que tan de buen grado se justifican con la palabra "Dios"; pero no podemos abandonar esta palabra. ¡Qué fácil resulta entender que algunos propongan callar durante un tiempo sobre las "cosas últimas" para redimir las palabras del abuso a que se las ha sometido! Pero de esta manera es imposible redimir las. No podemos limpiar la palabra "Dios", no es posible lograrlo del todo; pero levantarla del suelo, tan profanada y rota como está, y entronizarla después de una hora de aflicción, esto sí podemos hacerlo» (pp. 42 ss.). ¡No usar el nombre de Dios en vano!; ¡no instrumentalizarlo!; ¡no olvidarlo ni dejar de bendecirlo! La fe y la adoración son respuestas adecuadas. Revisemos qué imagen de Dios emitimos, porque podemos desfigurarla.

Todavía otra palabra o expresión, sumamente atrevida: "muerte de Dios", que anunció como un loco Friedrich Nietzsche. No significa sin más que Jesús, el Hijo de Dios, y por tanto, Dios mismo muriera crucificado. En Nietzsche podía significar o que en la sociedad, la cultura y el espíritu de su tiempo había dejado de tener vigencia y poder de convicción; o que el hombre asumía la decisión de rechazarlo, de no tener Dios. El filósofo se da cuenta de lo que implica este hecho inmenso, y poéticamente deduce algunas dramáticas consecuencias. ¿Dónde está Dios? Os lo digo: *«vosotros lo habéis matado. ¿Qué hemos hecho para separar a esta tierra de su sol? ¿Dónde vamos ahora? ¿No caemos sin cesar hacia atrás, a los lados, hacia adelante, en todos los sentidos? ¿No padecemos como un mareo cósmico y existencial? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada sin fin? ¿No sentimos el aliento del vacío? ¿No hace más frío? ¿No es la noche cada vez más profunda? ¿no necesitamos encender nuestras linternas en pleno día?»* (cf. Heinz Zahrnt, *Aux prises avec Dieu*, París 1969, p. 162). *«Es más difícil matar a Dios que enterrar su cadáver»*. Desde la exclusión decidida por el hombre, Dios continúa clamando; la humanidad separada de Dios queda sin norte y la vida sin fuente. *«La absoluta profanidad que se ha introducido en Occidente es profundísimamente ajena a las culturas del mundo»* (Joseph Ratzinger, Conferencia en la Biblioteca del Senado de la República Italiana, 13-5-2004).

Pero el hombre no puede dejar de preguntarse por Dios, ya que fue creado a su imagen y semejanza. Hay una querencia fundamental y una tendencia del corazón a descansar en Dios, a buscarle. Sin Dios estaríamos como descentrados, vagando sin sentido ni meta, huyendo hacia todas las periferias. Es un

La fe en Dios es el comienzo de una existencia nueva. Propiamente hablando, solo creemos en Dios y en Jesucristo su Hijo, nuestro Salvador. La fe es decir sí a Dios y entrega confiada a Él. Por ello, es al mismo tiempo asentimiento a la revelación que nos hace. No se reduce la fe cristiana a tener por verdaderas algunas cosas, ya que es una relación personal con Dios; y esta relación no es un afecto indefinido, sino también unión con Dios en la verdad, el amor y la esperanza. La fe une profundamente con Dios y en esa unión el creyente recibe una existencia nueva.

La imagen que expresa la fe es la de solidez, la de roca, la de seguridad. Es lo contrario del relativismo que crea desconcierto, inestabilidad, conformidad con las modas pasajeras, y nos hace víctimas fáciles del poder. Con Dios no vacilamos. La Palabra de Dios permanece para siempre y al creer participamos de la estabilidad de Dios. El que crea no será confundido. "Amén" es palabra que expresa el consentimiento y da seguridad.

Por la fe entramos en comunión con Dios, que puede romper nuestra soledad en los niveles más profundos de la vida. Siempre, en cualquier lugar y circunstancia, podemos entrar en comunicación con Él. Nunca deja de impresionar lo que ha contado un testigo de Dios y apóstol de la esperanza con palabras y sobre todo con su vida. Cuando Van Thuan se hallaba solo en la cárcel, en una situación humanamente desesperada, sentía cómo Dios lo alentaba y sufría con él. El que cree no está solo. La oración es el acto fundamental de la fe, como la respiración es el acto fundamental de la vida. La oración es expresión, oxígeno y fortalecimiento de la fe.

Igual que los discípulos creían en Jesús y a veces vacilaban, también nuestra fe necesita convertirse en invocación que pide siempre a Dios fortaleza y seguridad. Por la fe y la confianza el hombre recibe luz, fuerza, salvación, norte, y la vida aparece como camino con una meta deseable y deseada. Al encontrarse con Dios y su Hijo, nuestra vida cobra un sentido nuevo: «*Tu fe te ha salvado*». «*Vete en paz*». Quizá en ocasiones nuestra oración puede ser como la de Charles de Foucauld en la iglesia de San Agustín en París: «*Señor, si existes, que yo te encuentre*». A veces se nos oculta para que lo busquemos más, para que nunca consideremos la fe como una posesión nuestra y para que siempre sea purificada más y más, y se convierta en un homenaje limpio y humilde a Dios.